



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 2005, Fernando Lalana

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-048-0

Depósito legal: 37.851-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: marzo de 2020

Más de 12 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **La maldición del bronce**

Fernando Lalana

Ilustración de cubierta de Joaquín

López Cruces

loqueleg



# **Primera parte**

Julia Morientes



## El robo del siglo

Debí sospechar algo de inmediato. Debí sospechar algo desde el mismo momento en que descolgué el teléfono e identifiqué, al otro lado de la línea, la voz despiadadamente seductora de Ramiro Montoya invitándome a merendar, con una excusa tan peregrina que habría podido llegar por su propio pie a Santiago de Compostela.

Una vez en su casa ya de nada servía la sospecha, porque, después de prepararme un bocadillo de fiambre de pavo con hoja de lechuga y rodajita de huevo duro entre dos rebanadas de pan integral —sus conocimientos culinarios no van mucho más allá—, no se anduvo con el más mínimo rodeo.

—Necesito que me eches una mano, Julia —me dijo, mirándome al corazón a través de los ojos, con ese descaro propio de los que se saben guapos.

Tragué con cierta dificultad el bocado que acababa de arrancarle al bocadillo y, a renglón seguido, le pregunté directamente para qué demonios alguien como él necesitaba la ayuda de alguien como yo.

—¡Eh! ¿A qué viene eso? —me respondió—. He acudido a ti porque eres mi mejor amiga desde los tiempos de la guardería. ¿No recuerdas que a los cinco años ya éramos... piel y uña?

10

—Uña y carne.

—Eeh..., sí, bueno, eso. El caso es que se trata de un tema muy delicado y siento que solo puedo confiar en ti.

Semejante declaración me obligó a ponerme definitivamente a la defensiva.

—Oye..., ¿Por qué no me dices de una vez lo que quieres de mí? Sin rodeos ni tonterías. Que ya somos mayorcitos. ¿No te parece?

Él alzó el dedo pulgar, sonriendo. Como Tom Cruise en *Top Gun*, una película que odio.

—Tienes toda la razón, Julia. Bueno, pues allá va. Verás, resulta que... ¡ejem...!, voy a robar el bronce de Zaragoza.

—Ah. ¿Y eso qué es?

—Es apropiarse de lo que no te pertenece.



Carraspeé de forma intencionada.

—No, ya, ya, Ramiro... Robar ya sé lo que es. Digo, qué es el bronce ese...

Ramiro me miró de arriba abajo y chasqueó la lengua con disgusto.

—No puedo creerlo. Julia Morientes, la reina de los sobresalientes..., ¿no sabe lo que es el bronce de Zaragoza?

11

El caso es que me sonaba. Me sonaba mucho. Y la sorpresa de Ramiro terminó por convencerme de que debía saberlo. Hice un pequeño esfuerzo de memoria y, efectivamente, se me hizo la luz.

—¡Ya caigo! ¿Te refieres a... a esa plancha de bronce con una inscripción de la época romana...?

Ramiro asintió, sonriente.

—¡Muy bien! ¡Sobresaliente, una vez más! En efecto, se trata de una plancha de bronce, encontrada en Zaragoza, en la que figura en latín, ibero y etrusco la maldición que varios pueblos sometidos lanzaron contra César Augusto, pensando acabar así con su vida.

—¡Mira tú, qué ingenuos!

—Ese bronce es la pieza arqueológica más importante del museo. Salvando las distancias, sería

como nuestra piedra de Rosetta particular. Sabes lo que es la piedra de Rosetta, ¿verdad?

—No.

—Pues el bronce de Zaragoza es lo mismo, pero relacionado con las culturas etrusca y celtibérica.

—Ah, bueno. Ahora ya está todo claro.

—Entonces..., ¿qué? ¿Me vas a ayudar?

12 Mi pierna derecha comenzó a temblar, leve pero incontroladamente.

—A ver si lo he entendido, Ramiro. ¿Te refieres a... si voy a ayudarte a robar del Museo Regional el bronce ese tan valioso?

—Sí. Pensaba hacerlo solo pero... creo que necesito tu ayuda. No consigo resolver algunos extremos de mi plan. Porque tengo un plan, ¿sabes? Un plan buenísimo. De momento no está afinado, pero estoy seguro de que, con tu ayuda, podré ajustarlo del todo. Por algo eres la chica más lista de la clase.

Me colgué de la boca una falsa sonrisa mientras trataba de analizar la situación. A ver... ¿Qué estaba ocurriendo aquí? ¿Era una de las bromas de Ramiro? ¿Se trataba de una especie de prueba ante la que yo debía responder de una determinada forma para conseguir un premio? ¿Por qué insistía en sus

alabanzas hacia mí? Reconozco que, a esas alturas de la conversación, me sentía más desconcertada que Atila en Nueva York.

—Un momento, Ramiro, vamos ver... Antes de entrar en detalles... Supongo que sabrás que robar es un delito, ¿no? Y robar la pieza más valiosa del Museo Regional debe de ser un delito gordísimo. Un delito de primera división. O sea, que bien podríamos ir a la cárcel por ello.

—¡No, mujer! ¡Qué va, qué va...! —replicó Ramiro, muy convencido—. Me he informado. ¿Qué te piensas? En primer lugar, como aún no hemos cumplido los dieciséis, no nos pueden meter en la cárcel. Como mucho, en un centro de menores.

—Ah. Qué bien. Lo que siempre había soñado: pasar los mejores años de mi vida en un reformatorio. Colosal.

—En segundo lugar, realmente no vamos a robar el bronce.

—¿Cómo que no...? ¿Pero no me acabas de decir...? ¿En qué quedamos?

—Quiero decir que lo vamos a robar pero no para quedárnoslo, como si fuésemos ladrones de verdad.

—Por si no lo sabías, los ladrones de verdad tampoco se quedan lo que roban. Venden el botín a un perista y se embolsan la pasta.

—Exacto. He ahí la diferencia: nosotros no haremos nada de eso. Primero, robaremos el bronce; y luego, lo devolveremos.

—Ah, vamos: encima de ladrones, gilipollas.

14

—Y en tercer lugar, no vamos a ir a la cárcel por la muy simple y sencilla razón... de que no nos van a pillar.

No me negaréis que el asunto, a estas alturas, resultaba estupendamente confuso. En realidad, como casi todo aquello en lo que Ramiro se mete de por medio, dicho sea de paso. Pero como la cosa, aunque fuera en teoría, parecía tener cierto interés, decidí tratar de llegar hasta el fondo. Por curiosidad, más que nada.

Con paciencia de relojero suizo, durante los siguientes minutos fui sonsacando a Ramiro, poquito a poco, hasta conseguir montar el extraño rompecabezas que le había llevado a tomar la disparatada decisión de robar el bronce de Zaragoza... con mi ayuda. Y tengo que reconocer que el asunto tenía miga. Más miga que el pan de molde.

Aunque el tema venía de lejos, al parecer, Ramiro había tomado la decisión definitiva e irrevocable de convertirse en ladrón de piezas arqueológicas el pasado jueves por la noche, a eso de las ocho, al ver llegar a su padre a casa disfrazado de canguro. Como suena.

### Papá canguro

—Hola, hijo.

Ramiro, tirado en el sofá ante la televisión, abrió la boca para responder al saludo, pero la voz se le heló en la garganta al comprobar el marsupial aspecto de su progenitor. Después de tragar saliva dificultosamente, lo intentó de nuevo.

—Papá..., ¿vas a una fiesta de disfraces?

—¡Sí, hombre! ¡Justo! ¡Para fiestas estoy yo!

—Entonces..., ¿qué... haces vestido así?

—¿Cómo? ¡Ah, esto! —dijo don Gonzalo, como si tal cosa, contemplando de reojo su propio reflejo en el cristal de la puerta que separaba el salón del vestíbulo, antes de dejarse caer a peso muerto en el sofá—. Verás, hijo... El trabajo de hoy consistía

en servir de reclamo de una nueva cadena de restaurantes australianos. Me han dado el disfraz en la empresa de trabajo temporal donde me han tramitado el contrato y he dejado allí mi ropa, con tan mala suerte que se me ha hecho tarde y, cuando he vuelto para cambiarme, ya habían cerrado. Así que he tenido que cruzar la ciudad con el disfraz puesto.

—¿Has venido así por la calle? Dios mío, qué vergüenza...

—Ah, no te preocupes por eso. No me he quitado la máscara de canguro en todo el rato, de modo que es imposible que alguien me haya reconocido. Eso sí, estoy molido. ¡Vengo andando desde el barrio de las Delicias, nada menos!

—¿Andando? ¿A quién se le ocurre venir andando?

—He intentado coger un autobús, pero, como la cola del canguro impedía cerrar las puertas, no me han dejado subir.

—Me refiero a por qué no has venido saltando, que es lo propio de los canguros.

—¡Ja! Muy gracioso, hijo. Muy, muy gracioso. El caso es que, entre la caminata y el calor que he pasado embutido en el condenado disfraz, no puedo

ni con el marsupio, así que voy a darme una ducha rápida y, luego, a dormir.

—¿Te preparo algo de cena?

—¡Anda! ¿Desde cuándo sabes cocinar?

—Hombre, cocinar, cocinar... no. Pero te puedo abrir una lata de calamares en aceite.

—No. No... Gracias, pero prefiero acostarme pronto. Nunca sabes qué trabajo te va a salir mañana. Si es que sale algo, claro. En cualquier caso, hay que estar bien descansado. Hasta mañana, Ramiro, hijo. No te acuestes muy tarde, ¿vale?

17

Al quedar de nuevo solo en la habitación, Ramiro sintió que le empezaba a hervir la sangre.

No entendía cómo un país moderno y próspero como el nuestro no era capaz de ofrecerle a alguien tan válido e inteligente como su padre un trabajo digno. Las últimas semanas estaban resultando demoledoras para su autoestima. Hoy, de canguro-anuncio. Ayer, todo el santo día hinchando globos para una macrofiesta infantil. Anteayer, nada. La semana pasada, enterita, repartiendo por la calle propaganda de una médium ecuatoriana que aseguraba hablar con los muertos. La anterior, de

acomodador en un certamen de cortometrajes médicos. Y así, desde hacía dos meses.

Algo funcionaba mal aquí, en esta sociedad donde algunos redomados inútiles ocupaban puestos directivos mientras gente valiosa como su padre tenía que ir mendigando contratos basura.

—Esto no se puede consentir —murmuró Ramiro, con rabia.

18

### **Mamá conserje**

Ramiro había nacido en el museo.

Yo no conozco a nadie que haya nacido en un museo, salvo él. Y también vivió allí durante muchos años, casi toda su vida, en una vivienda situada en el mismo edificio, entre la sección de Bellas Artes y la de Arqueología.

Su madre era la bedela jefa; o la conserje jefa. O como demonios se diga. En el colegio todos le tenían a Ramiro una mezcla de envidia y admiración precisamente por eso: vivía rodeado de obras de arte, de cuadros de Goya y de Sorolla, de objetos funerarios del siglo primero, de mosaicos romanos y de ba-



jorrelieves mozárabes. Y podía pasear por el museo cuando este cerraba sus puertas. Solo. En silencio. Como si todo aquello fuera suyo. A los demás se nos antojaba algo fascinante. Todo para él. Los pasillos, las salas grandísimas, las escalinatas, los jardines, el patio interior, abarrotado de basas, fustes, capiteles y grupos escultóricos grecorromanos. Podía hacer lo que para todo el mundo, adultos incluidos, estaba terminantemente prohibido. Podía rebasar los cordones de color granate y acercarse más que nadie a las esculturas, a los lienzos, a los tapices. Incluso tocarlos.

19

—Ayer le acaricié la cabeza a Julio César —me decía a veces, en el recreo de la mañana de cualquier mañana.

—Jo, qué suerte. A Julio César, nada menos.

Pero, de pronto, de un día para otro, la apacible y museística vida de Ramiro se hizo añicos.

El año pasado, tan solo tres o cuatro semanas después de que Ramiro cumpliera los catorce, su madre se marchó. Así, por las buenas. O eso nos dijo él, al menos, que en estos asuntos es siempre difícil conocer la verdad; sobre todo si solo tienes la versión de una de las partes.

Por lo visto, doña Julieta trabó buena amistad con un restaurador de cuadros italiano que anduvo varios meses por allí, en el taller del museo, recuperando un óleo de Ribalta afectado por la humedad. Cuando acabó el trabajo, ella decidió marcharse con él a Florencia. Con el restaurador, quiero decir, no con Ribalta, que, por lo visto, murió en el siglo XVII. Tan solo dejó una nota de despedida. Me refiero a la madre de Ramiro, no a Ribalta, que ni siquiera sé si hizo testamento.

No es que a mí me parezca bien, ni mucho menos, claro que no; pero lo cierto es que, ya desde niña, tuve siempre la sensación de que don Gonzalo era un tipo bastante caradura, así que no puedo dejar de ser un tanto comprensiva con la decisión de su esposa.

Era *vox populi* que los tres, Ramiro y sus padres, vivían exclusivamente del sueldo de doña Julieta. La vivienda del museo también les correspondía en función de su puesto de funcionaria. Y mientras ella era quien mantenía a la familia con su trabajo, don Gonzalo se dedicaba a tiempo completo a escribir una novela de misterio *buenííísima* con la que iba a conseguir fama, dinero y reconocimien-

to mundial en cuanto la terminase. Tarea esta en la que llevaba embarcado los algo más de dieciséis años que duraba su matrimonio.

La imprevista decisión de doña Julieta de largarse a Italia con el restaurador dejaba, por tanto, a Ramiro y su padre en una muy precaria situación.

En una nueva muestra de su capacidad para vivir del cuento más que de las novelas, don Gonzalo consiguió ocultar la desaparición de su esposa ante el patronato del Museo Regional durante casi un año, asumiendo él mismo las tareas que doña Julieta desempeñaba hasta su huida y esquivando con hábiles excusas a quienes preguntaban por su ausencia. Pero, finalmente, se descubrió el pastel. Y así, de la noche a la mañana, hace un par de meses, Ramiro y su padre se encontraron en la calle. Sin madre y sin esposa. Sin casa y sin dinero. Sin nada.

Se fueron a vivir a casa del tío Ruperto, un hermano de don Gonzalo, soltero y marinero, que pasa largas temporadas embarcado en un carguero haciendo la ruta del Gabón.

Si algo bueno salió de todo aquello fue que don Gonzalo, al parecer, junto con su nueva situación,

también pareció descubrir el sentido de responsabilidad paterna. Dejando momentáneamente colgada su interminable novela, se apuntó en el INEM dispuesto a aceptar cualquier trabajo, por extraño o inadecuado que este fuera. Incluido el hacer de canguro australiano.

22

## Ramiro

Ah, Ramiro...

Ramiro es el chico más guapo de mi clase.

Eso es una verdad estadística. Un axioma. Un principio fundamental. Y, aunque no es una lumbrera, tampoco es tonto del todo, lo cual lo convierte, a mi modo de ver, en un sujeto casi excepcional.

Su principal defecto: adora a su padre, hasta el punto de ser la única persona de este mundo que cree firmemente en las posibilidades de esa novela que don Gonzalo lleva escribiendo desde mucho antes de que naciera el propio Ramiro.

Como es lógico, cuando doña Julieta dio la espantada «a la florentina», la pasión de Ramiro por

su padre creció hasta extremos inimaginables. Eso lo ha trastornado aún más, hasta el punto de considerar inadmisibile que alguien dotado del talento literario de su progenitor tenga que ganarse la vida hinchando globos o repartiendo propaganda de un vidente.

Al parecer, esa convicción ha desembocado en la marciana idea de robar el bronce de Zaragoza. Con mi ayuda, insisto.

23

### Ingratos

—Sinceramente, Ramiro, aún no sé qué es lo que pretendes. Supongamos que consiguieras robar el bronce. ¿Qué ganarías con ello?

—¿Qué ganaría? Ganaría darles una buena lección a los miembros del patronato del museo y al impresentable de Barrantes, el director. Son unos ingratos, Julia. ¡Unos ingratos! Es cierto que mi madre se ha ido a Italia y era ella la funcionaria. Vale. Pero ¿qué les costaba dejarnos a mi padre y a mí a cargo del museo mientras encuentran un sustituto? Sobre todo, después de

haber demostrado durante casi un año que somos capaces de cuidar perfectamente de todo sin ayuda. En lugar de eso, ¡hala!, nos ponen de patitas en la calle y contratan a una agencia de vigilancia privada, de esas que envían cada día a un tipo con porra y gorra que, por no saber, no sabe ni dónde están los retretes del museo. Pues se van a enterar de lo que vale un peine. ¡Como me llamo Ramiro! Incluso, es posible que así reconsideren su decisión y vuelvan a admitir a mi padre como conserje.

Me lo quedé mirando, tratando de que la mía fuera una mirada de amiga. Comprensiva pero firme.

—Escucha, Ramiro... Entiendo tu enfado. Y me parece estupendo que quieras ayudar a tu padre, pero... esto de robar el bronce, la verdad, no tiene mucho sentido.

—¿Cómo que no? El mensaje sería clarísimo: durante los tres lustros en que mis padres han cuidado del museo, no ha habido ni un solo incidente. En cuanto se pone la seguridad en manos de los guardias de la porra, alguien se lleva nada menos que el bronce de Zaragoza. Vaya, yo creo

que hasta el más tonto se daría cuenta de lo que eso significa.

—Quizá tengas razón, Ramiro. Lo malo de tu plan es que te obliga a cometer un delito. En lugar de resolver un problema, posiblemente solo consigas meterte en un lío y complicarle la vida a tu padre todavía más. Además, ten en cuenta que el primero que no actuó de forma correcta fue él, al ocultar la marcha de tu madre.

25

Ramiro me miró, más serio que un fiscal del Supremo.

—Bien, ya veo. No piensas ayudarme, ¿verdad? Y yo que creía que eras mi amiga...

—¡Pues claro que soy tu amiga, idiota! ¡Por eso no quiero que cometas una barbaridad!

—Ya, sí, bueno..., qué gran corazón el tuyo —continuó Ramiro, falsamente digno—. Pues nada. Gracias, Julia. Gracias por nada. Lo haré yo solo. Ahora que lo pienso, creo que no necesito tu ayuda en absoluto.

—Oye, no seas cabezón, no te pongas así y escúchame...

En ese momento se oyó el sonido de unas llaves girando en la cerradura de la puerta del piso, que,

al abrirse, dejó ver a don Gonzalo, el padre de Ramiro, hecho un auténtico eccehomo: un ojo morado, una herida en la cabeza, la mano derecha vendada, la camisa desgarrada, los pantalones rotos a la altura de las rodillas...

—Papá, ¿qué te ha ocurrido? —preguntó su hijo, acercándose a él hasta sujetarlo por los hombros.

26

—Oh, nada, nada... Es que... he tenido un pequeño accidente de tráfico.

—¿Te han atropellado?

—¿Eh? No. Ojalá. Si me hubiesen atropellado, podríamos cobrar alguna indemnización. No, nada de eso. Es que el trabajo de hoy era una sustitución en una mensajería ecológica. Una de esas donde los mensajeros no van en moto sino en bicicleta.

Ramiro abrió unos ojos como platos.

—Pero, papá..., ¡si tú no sabes montar en bicicleta!

—Ya, ya, pero... era el único trabajo que me ofrecían. He pensado que no sería tan difícil. Y lo cierto es que no se me estaba dando mal hasta que he tenido que llevar un sobre al palacio arzobispal y, a la vuelta, me he embalado bajando la cuesta



del castillo y... bueno, menos mal que he chocado contra una farola, porque, si no, igual termino dentro de la fuente de la plaza de Andorra.

—O sea, para haberte matado.

—No ha sido para tanto. Lo peor es que me van a descontar del sueldo el arreglo de la bicicleta, que ha quedado como un ocho. Total, que después de andar todo el día de aquí para allá, seguramente aún tendré que poner dinero. Pero ¿quién está ahí?

—Soy yo, don Gonzalo. Julia Morientes.

—Ah, hola, Julia. No te había visto aún. Como con este ojo no distingo tres en un burro...

27

### **Besos de esos**

Ramiro me acompañó hasta el portal, en silencio. Es listo. Dejó que yo fuese rumiando el tema durante el tiempo que nos llevó bajar los cinco pisos.

Cuando estaba a punto de salir a la calle, me dio un beso en la mejilla y me sonrió como solo él sabe hacerlo. Y murmuró un demoledor «gracias de todas formas».

Salí del portal y eché a andar por la acera, camino de la parada de autobús más próxima. Naturalmente, sin poder quitarme de la cabeza el estafalario plan de Ramiro. Mucho antes de llegar a mi destino, di media vuelta. Regresé sobre mis pasos y, cuando estaba a punto de llamar al portero automático, me di cuenta de que Ramiro seguía allí, en el mismo lugar y casi en la misma postura en que nos habíamos separado.

—¿Sabías que volvería?

Él se encogió de hombros.

—No estaba seguro. Pero me alegro de que lo hayas hecho.

—Escucha, Ramiro... No voy a ayudarte a cometer esa locura, pero... no puedo dejar que pienses que no quiero echarte una mano. Si me dejas, puedo reparar contigo ese plan tuyo. Así te convencerás de que es imposible de realizar. Y cuando compruebes que es absolutamente inviable, espero que lo olvides.

Él me cogió de las manos, sonriendo como Paul Newman en *Dos hombres y un destino*.

—Con eso me conformo —dijo.